

Even-Zohar, Itamar 2007 <1985>. “Conflicto lingüístico e identidad nacional”. En *Polisistems de Cultura*. Traducción de Jorge Mojarro Romero.

## CONFLICTO LINGÜÍSTICO E IDENTIDAD NACIONAL<sup>1</sup>

El lenguaje no es sólo un vehículo de interacción e intercomunicación o una herramienta práctica puesta al servicio de la administración del estado desde tiempos antiguos. Es también un vehículo cargado de valor simbólico. Mediante la adopción de una lengua determinada, una determinada población o un determinado grupo de la sociedad manifiesta qué identidad desea mostrarse a sí misma y qué identidad desea mostrar al resto del mundo.

Hay, desde luego, una diferencia considerable entre el primer caso y el segundo; una lengua que es usada como vehículo de comunicación es una lengua usada bona fide, como tal, por varios grupos, individuos y personas en una amplia variedad de territorios. Pero la lengua que se convierte en vehículo de ideologías semióticas tiene, con bastante frecuencia a lo largo de la historia, una importancia cultural añadida. Así, el lenguaje estándar no es, en ninguna parte, igual al lenguaje coloquial. La mayoría de las personas, incluso aquellas que usan el lenguaje estándar bajo ciertas circunstancias (como ocurre en Francia, Inglaterra, EEUU —en cierta medida—, en Rusia y los países escandinavos) no lo usan normalmente en la vida cotidiana. En este contexto la pregunta que interesa a un investigador de la cultura es: ¿cuál es la jerarquía de los factores que operan en la cultura, y cómo pueden las relaciones entre el mecanismo social, económico y político estar relacionados con otros mecanismos semióticos? En pocas palabras, lo que interesa a un investigador de la cultura es la interacción entre los procesos materiales y semióticos en la cultura.

Voy a referirme a un número más bien amplio de ejemplos de lenguas con el fin de ilustrar algunas generalizaciones. Entre éstas están el hindú frente al urdu, el hebreo frente al yiddish, el noruego Riksmål frente al noruego Landsmål, el serbio frente al croata, el francés frente al occitano, el alto alemán frente al bajo alemán, las ortografías francesa y rusa tras sus respectivas revoluciones, el español y el guaraní, el danés frente al jutlandés, y algunas más.

En la mayoría de los casos de conflicto lingüístico encontramos similitudes básicas. Para empezar, hay siempre desacuerdos entre los diferentes grupos de una nación o un estado en cuanto a qué lenguas deberían ser obligatorias en esa nación o en ese estado. En consecuencia, una lengua determinada o una cierta variedad de esa lengua es defendida por algunos y rechazada por otros.

---

<sup>1</sup> Este texto es una versión ligeramente revisada y puesta al día de una ponencia leída en un encuentro sobre “Idioma y nación” organizado por la Cátedra de Sionismo en honor a Reuben Hecht en la Universidad de Haifa (23 de Enero de 1985), y publicada posteriormente bajo el título “Language Conflict and National Identity” en *Nationalism and Modernity: A Mediterranean Perspective*, Joseph Alpher ed., New York, Praeger & Haifa: Reuben Hecht Chair, 1986, pgs. 126-135. Estoy en deuda con Joseph Alpher por la versión escrita de la charla, basada en una grabación de la conferencia. Traducción de Jorge Mojarro Romero.

El estado de diversidad lingüística que prevalece en la mayoría de las sociedades posibilita que diferentes opiniones acerca de la lengua estén disponibles en primer lugar. Aún así, no es la actual diversidad de lenguas lo que genera el conflicto. Que la diversidad se haga efectiva a través de un conflicto lingüístico o permanezca como un hecho de la realidad cultural aceptado pacíficamente depende de si los organizadores semióticos de nivel superior de la cultura entran o no en un estado de conflicto. Estos organizadores de nivel superior son ideologías que determinan los objetivos de una sociedad a través del concepto que ésta tenga de sí misma. En tiempos modernos, al menos desde el siglo XVIII, la nacionalidad y la identidad nacional han devenido en la ideología más poderosa. Para poder materializarla, esta ideología ha hecho uso de cualquier elemento cultural que haya estado disponible, como la religión, la comida, la forma de vestir y las costumbres.

La lengua, que ya desde la más lejana antigüedad había comenzado a unirse en la conciencia con la identidad colectiva, ha sido movilizada frecuentemente como un vehículo para implementar exitosamente la identidad nacional entre grupos más bien heterogéneos de población. Mientras que no surja ningún desacuerdo en relación a la identidad impuesta o difundida, ni siquiera la más llamativa diversidad lingüística podrá alentar nunca conflictos lingüísticos. Estas lenguas geográficamente adyacentes pueden ser contiguas, es decir, más bien cercanas desde un punto de vista estructural, o discontiguas, esto es, remotamente emparentadas. Sólo cuando salían a la luz dudas o desacuerdos sobre la cuestión de la identidad, la lengua, convirtiéndose en el portador más señalado de esa identidad, deviene en una fuente de conflictividad frecuentemente violenta. Cuando esto ocurre, todo lo referente a la lengua se convierte en un tema candente para las partes en conflicto, incluso los detalles más nimios de estructura lingüística que, de otro modo, sólo habrían interesado a un reducido grupo de especialistas.

La ortografía, la pronunciación, las declinaciones gramaticales, el orden de las palabras y el vocabulario pueden llegar a ser portadores semióticos para uno u otro sentimiento de identidad promovida por un grupo y rechazada por el otro. Si no hay suficientes materiales lingüísticos disponibles inmediatamente como alternativos, pueden ser suplidos por otros recursos, cercanos o más alejados, o incluso tomados de una fuente parcial o totalmente inventada.

Una vez que el grupo disidente ha logrado organizar sus actividades, el conflicto lingüístico puede continuar hasta que el conflicto ideológico no quede resuelto. Así, ellos pueden luego formar parte de una lucha política, obligando al estado a interferir, y terminar con una separación política y/o geográfica entre los grupos. En efecto, puede que los conflictos no terminen nunca.

El condensado resumen de esta larga cadena de argumentos podrá ser comprendida más fácilmente si intentamos ahora dar alguna luz sobre algunos ejemplos principales y aspectos de la hipótesis. Uno de nuestras principales bases argumentales es que, de por sí, la diversidad de lenguas no tiene que generar necesariamente un conflicto. Por ejemplo, en Paraguay existe una relación pacífica y armoniosa entre el guaraní, lengua amerindia que casi todos usan en la vida cotidiana, y el español, que es la

única lengua reconocida oficialmente por el estado y la sociedad. Salvo poquísimas excepciones, nadie ha intentado estandarizar el guaraní y transformarlo en la lengua oficial de Paraguay.

La identidad paraguaya es, por supuesto, fuertemente sentida por la población. Pero no se manifiesta a través de algún tipo de rivalidad entre el español, por un lado, y el guaraní, por el otro. Es la situación ideal que hace años Ferguson, refiriéndose al árabe, denominó diglosia, esto es, la perfecta división del trabajo entre diferentes dialectos o incluso diferentes lenguas en el marco de una misma sociedad o de un mismo territorio. El guaraní es la lengua de la vida cotidiana, de la interacción privada, mientras que el español es la lengua de los asuntos oficiales, la lengua escrita del estado.

Desde luego, hay poesía en guaraní, y hay anécdotas en guaraní. Se dice que los paraguayos no intentarían ni siquiera contar una historia, una anécdota o un chiste en español porque es una lengua demasiado elevada. Pero por otro lado, sería más raro aún para ellos hacer del guaraní la lengua de las leyes y del parlamento —siempre y cuando esas instituciones existan en el país.

Ahora bien, se sostiene que el caso guaraní-español es más bien único: su división del trabajo se asocia al hecho de ser lenguas discontiguas, es decir, lenguas que pertenecen estructuralmente a diferentes grupos que no son mutuamente comprensibles. Pero existen otros casos en los que tenemos contigüedad entre un cierto número de variedades y el estándar donde también se da una parecida división del trabajo. Así pues, en principio, no deberíamos hacer distinción alguna entre los casos italiano y paraguayo, o el alemán.

En el caso del alemán, los denominados dialectos alemanes —y, desde luego, el propio término ‘dialecto’ es una cuestión ideológica, porque de otro modo cualquier dialecto podría haber sido transformado en una lengua o, al menos, ser etiquetado como ‘lengua’— no son mutuamente comprensibles. Incluso hoy, en la República Federal de Alemania, no todas las personas pueden entender sin dificultad el dialecto de sus vecinos. Por supuesto, la lengua de un vecino más cercano es más comprensible que la lengua o el dialecto de un vecino más alejado. Pero un bávaro no entendería inmediatamente el Plattdeutsch, y mucho menos el silesio. Cuando Gerhart Hauptmann en la década de 1880 metió en escena sus famosas obras en el dialecto local de Silesia, la gente en Berlín protestó y exigió una traducción a alto alemán, porque el texto era absolutamente incomprensible para ellos.

Si miramos a un país como Dinamarca, que posee dos islas y una península —Jutlandia, Fyn y Zelanda— nos damos cuenta de que existen tres grandes dialectos o tres grandes lenguas, y no son mutuamente comprensibles. Los hablantes de jutlandés (‘jysk’ en danés) no entienden, sin alguna instrucción anterior, zelandés. O la gente natural de Estocolmo —y Suecia es uno de los países más unificados lingüísticamente en el siglo XX— no entiende automáticamente la lengua o dialecto del norte, ni el dialecto del sur.

Los estudiantes extranjeros en París no entienden automáticamente el parisino, a pesar de que conozcan perfectamente bien el francés. Por supuesto, desde el punto de vista de la cultura francesa, no hay dialectos.

Mientras que los alemanes reconocen la existencia de alguna contigüedad, la ideología francesa no la permite, porque hace una distinción muy clara entre ‘francés’ y ‘patois’. Y el patois es algo que no es francés en absoluto. Sin embargo, los que nacen en Burdeos no hablan francés y no tienen por qué entenderlo. (Su lengua nativa es un tipo de gascón, y pueden entender mucho mejor el judeoespañol que el francés del Loira, que es la base del francés literario estándar.)

Si seguimos las biografías de escritores de países altamente desarrollados y civilizados del hemisferio occidental, veremos que muchos de ellos no usaron sus lenguas maternas para escribir sus obras. En diferentes grados, muchos suecos, noruegos, daneses, alemanes, italianos, franceses y españoles hablaron una lengua materna diferente de la que tenían que usar posteriormente en la escuela, y muy frecuentemente ellos no fueron capaces de deshacerse de su pronunciación natural, que delataba sus orígenes geográficos.

En determinados países donde existe una pacífica armonía entre la variedad de lenguas, el tener una pronunciación propia, incluso no hablar el propio dialecto, es un asunto o de indiferencia o de orgullo. Un miembro del parlamento noruego que no tenga una pronunciación dialectal es considerado poco menos que un falso. Pero no hay orgullo en tener una pronunciación dialectal en Gran Bretaña. Se supone que nadie usará el dialecto de Yorkshire para hablar en el parlamento, dejando a un lado el escocés, que está más allá del límite del inglés apropiado.<sup>2</sup> Y en París, desde luego, se da por hecho que nadie usará la pronunciación occitana del sur de Francia.

Volviendo al argumento principal, una sociedad necesita organizadores culturales para hacer de la lengua algo que no constituye su función primordial o que no debería ser. A menos que esta unión entre identidad y lenguaje ocurra, la gente será indiferente al tema de la lengua y no habrá en absoluto conflicto, o, si tienen lugar enfrentamientos, éstos serán de una importancia menor. Así pues, nuestras dificultades no serán más que dificultades personales o sociales. Si no conocemos la lengua estándar, o si nuestra lengua materna no es la estándar en un determinado país, estamos desprivilegiados, en el sentido de que nuestro acceso a posibilidades sociales no va a ser la misma que la de gente del centro del grupo que habla naturalmente el estándar. Pero no estamos fundando un partido con el fin de luchar contra el estándar, el centro del orden del social, separar el país en dos naciones y cosas así —siempre que, desde luego, no tengamos alternativa ideológica a nivel nacional.

Tan pronto como tengamos este tipo de identidad alternativa, esta ideología alternativa con respecto a la nacionalidad, la lengua, como cualquier material del repertorio cultural, podrá ser transformada en un vehículo muy poderoso de lucha.

Aquí podemos poner por ejemplo el del hindú frente al urdu. La diferencia lingüística entre ambas ha sido insignificante. Originalmente, la mayor diferencia estaba en el alfabeto. Antes de su desintegración, también Yugoslavia tuvo algo que era presentado como una lengua: el serbo-croata, que era escrito en dos alfabetos: uno latino y otro cirílico. Y

---

<sup>2</sup> Esta situación ha cambiado en Gran Bretaña desde los años ochenta, en el sentido de una mayor permisividad hacia de inglés no estándar (nota del autor, 2006).

durante al menos unos años hubo una sensación de pacífica armonía. De aquí deberíamos inferir que el hecho de tener diferentes alfabetos no es una razón para litigar. Pero en el caso del urdu, una vez que la idea de una nación musulmana separada surgió en la India, el urdu se convirtió en un arma para esa ideología. Con el fin de hacerla un vehículo más convincente de lucha por la identidad nacional, por una identidad nacional separada de los hablantes de hindú e indostaní y de los fieles hindúes, los urdu comenzaron a cambiar su lengua deliberadamente.

Es este un caso donde la diferencia lingüística entre las lenguas era mínima. Ellas eran mutuamente comprensibles en el habla y, si se conocían los dos alfabetos, también en la lectura y en la escritura. Pero para hacerlas poderosos vehículos de enfrentamiento entre identidades, el urdu tenía que ser modificado. Así, el resultado es que ahora, mientras que el hindú ha ido tomando más y más elementos del sánscrito, inventando nuevas palabras y ‘purificándose’ de elementos árabes y persas, el urdu ha tomado el camino contrario: ha adoptado más y más voces árabes y se han deshecho del sánscrito tanto como les ha sido posible. Aún así, aquellos que sepan hindú y algo de árabe podrán todavía entender urdu sin demasiados problemas. Pero el hindú ha acuñado deliberadamente nuevas palabras, palabras de uso corriente, para distinguirse claramente del urdu.

Este curioso ejemplo no es, por supuesto, el único donde, en ausencia de una diversidad lingüística, uno la crea: esta diversidad es inventada donde uno no la tiene en primer lugar. Y esto no es así porque los conflictos surjan de la diversidad lingüística; más bien, la diversidad es creada o movilizada a causa de los conflictos nacionales.

Dos ejemplos adicionales de particular interés porque ellos nos permiten observar las consecuencias de algunos lentos procesos en la historia a través de los cuales una determinada concepción, una cierta ideología, emerge de algún modo. Uno puede seguir su historia claramente desde el momento en que nacen. Estos son los casos del hebreo frente al yiddish, y de las lenguas noruegas.

Para empezar, permítanme examinar brevemente el caso del yiddish frente al hebreo, o el surgimiento de una cultura nativa hebrea en Palestina después de 1880. La siguiente anécdota, publicada por Alter Druyanov en su colección de anécdotas, ilustrará el caso:

Tel Aviv. Calle Herzl. (Ocurre antes de la 1ª G. M. –I. E-Z). Un grupo de niños sale de la escuela Herzlia. Dos famosos yidishistas (celosos de la ideología yiddish y anti-hebrea) pasan por allí, de visita a Palestina, y el mayor de ellos le dice al otro: “Los sionistas se jactan de que el hebreo está convirtiéndose en la lengua natural de los niños de Palestina. Te mostraré ahora que ellos están mentiendo. Cogeré a uno de los niños por la oreja y te prometo que él no gritará ‘ima’ (‘mamá’ en hebreo), sino ‘mame’ en yiddish”.

Tras decir esto, se acercó a uno de los chicos y lo agarró de una oreja. El chico se volvió a él y le gritó: ‘jamór’ (burro, asno, en hebreo). El yidishista volvió a su amigo y le dijo: “Me temo que los sionistas tienen razón” (Druyanov, 1945).

Naturalmente, lo importante aquí no es que el hebreo se hubiera convertido en la lengua de convivencia, sino que los sionistas habían tenido éxito transformando la identidad, la verdadera naturaleza de la gente. La lucha entre el yiddish y el hebreo no estuvo sólo en el lenguaje, sino en la naturaleza deseable para la nación. Los hebraístas ofrecieron

una alternativa lingüística que permaneció en todas las características deseadas de la futura nación. Este es un caso donde una vieja lengua se ha replanificado, remodelado y reformado para nuevos propósitos, de la misma manera que en Italia. De un modo más significativo, se supuso que todo el carácter de una nación tenía que sufrir grandes cambios, y lo hizo de una manera tan exitosa, al menos hasta 1948 —ver Even-Zohar (1999) “El surgimiento de una cultura nativa hebrea en Palestina”, me refiero a la traducción española —, que el proyecto fue exitoso en la implantación del hebreo y su ideología, bellamente ilustrada en la anécdota. Así pues, una nación no puede ser cogida de las orejas y gritar ‘madre’, es decir, no puede pedir ayuda a su madre. La ‘madre judía, que sigue siendo un mito norteamericano, se había vuelto ya incomprensible en Palestina.

La rivalidad entre el hebreo y el yiddish casi hasta la 2ª Guerra Mundial, llegó a ser muy violenta. Pero ambas lenguas habían estado viviendo en armonía —tal como hacen ahora el guaraní y el español— durante siglos, hasta la 1ª Guerra Mundial. Volviendo a Europa del Este, el yiddish y el hebreo habían tenido una división muy armoniosa del trabajo, como el árabe y el hebreo tuvieron en Oriente Medio, España y Norte de África, y otras lenguas habían tenido antes —arameo y hebreo, griego y hebreo, etc. La convivencia pacífica significaba que una lengua era usada para unos propósitos y que la otra era usada para otros. El yiddish era una lengua usada corrientemente cada día en Europa del Este, y el hebreo era la lengua oficial y de la alta cultura.

Pero el momento en el que en Europa del Este los judíos desearon crear una nación diferente y modernizada, el hebreo les pareció una lengua arcaica. No aceptaron la ideología hebraica, y mucho menos la sionista, que llegó un poco más tarde, y comenzó la disputa.

Muchos creen que el yiddish ha perdido la batalla a causa del holocausto. Pero esto no es cierto. El yiddish, como sabemos ahora, empezó a perder la batalla muchísimo antes debido a una asimilación muy fuerte en el Este de Europa y en Estados Unidos. Pero es interesante apuntar que hoy en día los jóvenes judíos de Estados Unidos se interesan más en el yiddish que en el hebreo. Esto es ciertamente así en las universidades estadounidenses. Y no debería sorprendernos —el yiddish, después de todo, puede ofrecer a los judíos estadounidenses una identidad diferente. Pueden ser al mismo tiempo judíos no hebraicos o no israelíes. No tienen que simpatizar con Israel; no tienen que identificarse con la historia judía. Su memoria colectiva no necesita dirigir la mirada al rey David, Salomón y los macabeos. Pueden ir atrás tres generaciones hacia el abuelo o el bisabuelo en el *shtetl* (el pueblo judío del Este de Europa) y es esto lo que ha sido revitalizado como elemento semiótico. Uno puede ser judío a través de la identidad yiddish, del mismo modo que otro, en una escena folclórica puede ser italiano en los Estados Unidos comiendo pasta.

El otro ejemplo, el del noruego, está detallado muy interesantemente en un libro de Einar Haugen, *Language Conflict and Language Planning: The Case of Modern Norwegian* (1966). Los noruegos perdieron su independencia en el siglo XV y pasaron a formar parte del reino de Dinamarca. Previamente, tuvieron una lengua propia y altamente desarrollada, que había sido usada durante la Edad Media. Pero después, tras la conquista, fueron perdiendo gradualmente su lengua. El danés se

convirtió en la lengua de la alta cultura en Noruega, y también en la lengua de las clases altas noruegas. En consecuencia, un noruego solía escribir danés y pronunciarlo a la manera noruega. Esta diferencia entre escribir correctamente en danés y pronunciar en noruego fue sin lugar a dudas más complicada y remota que la discrepancia entre saber la ortografía correcta del inglés y pronunciarlo. Al contrario, incluso con la ortografía correcta del danés, el noruego estaba mucho más cerca de la ortografía que el inglés o el francés. (Por supuesto, en muy pocas lenguas pueden ir a la par, porque la pronunciación cambia muy rápidamente, y la escritura no puede ser reformada y removida cada siete años.)

En los inicios del siglo XIX los noruegos comenzaron de nuevo a pensar en ellos mismos como nación independiente. Como el siglo progresó, la ideología nacionalista noruega llegó a un momento en el que alguien cayó en la cuenta de que era necesaria la ayuda de una lengua para hacer más conspicua y eficiente la idea de una nación separada. Aquí podemos esperar encontrar el síndrome urdu —esta vez, cambiando la ortografía del danés como si fuera hablada por los noruegos para hacerla el vehículo oficial de Noruega, introduciendo palabras de la lengua vernácula, adaptando declinaciones gramaticales para aproximarlas a la lengua hablada, haciendo la pronunciación más llamativamente noruega, y así sucesivamente. En ese momento escritores como Ibsen contribuyeron definitivamente a ‘norueguizar’ su danés, pero moderadamente, ya que no querían perder su público mayor, que era el danés.

Una persona llamada Ivar Aasen pensó que este no era el mejor modo de crear una identidad noruega. Así que construyó una nueva lengua, que él denominó ‘Landsmål’, esto es, ‘la lengua del pueblo’. La construyó realizando una síntesis de los diferentes dialectos noruegos más bien occidentales que él consideraba reliquias de la vieja y auténtica lengua noruega e introduciendo rasgos del noruego medieval escrito. Hizo una nueva lengua del mismo modo que Gottchalk, y Lutero antes que él, hicieron el Hochdeutsch, o del mismo modo que Lomonosov hizo el ruso (aunque, en efecto, Lomonosov sólo introdujo una mayor sistematización en el ruso). Pero Ivar Aasen creó una lengua casi completamente nueva en el sentido de que su nueva lengua escrita estándar no se parecía a ninguno de los dialectos en los que se había basado para hacer su lengua.

Todo esto podría haber sido tomado por la elite noruega como una simple curiosidad, algo sin importancia, el juego de un mero filólogo. Algo así sucedió en Escocia, donde un grupo de escritores liderados por el poeta Hugh MacDiarmid construyó un escocés sintético que nunca llegó a obtener mucho respaldo o apoyo de la población o la elite escocesa.

Ivar Aasen, sin embargo, fue extremadamente exitoso reclutando pequeños núcleos de intelectuales. Gradualmente su lengua se convirtió en un hecho social y muy poderoso entre los políticos noruegos. Obtuvo incluso más apoyo después de 1905, cuando Noruega se separó por la fuerza de Suecia. Desde entonces, el caso del Landsmål contra la lengua más antigua no ha devenido sólo un asunto de discusión libre entre intelectuales, filólogos y profesores de lengua, sino más bien un asunto de conflicto político. Varios cientos de horas de discusión y de páginas se han dedicado a la rivalidad entre las lenguas. El estado ha creado todo tipo de comités para decidir qué tipo de lengua debería emplearse.

A finales de los 30, el estado noruego creó un comité que creó una tercera lengua que ellos denominaron Samnorsk —‘noruego unido’— tomando elementos del Riksmål, (la antigua lengua Dano-Noruega) que era la lengua de la mayoría, y uniéndolos con elementos del Landsmål, la lengua de Aasen. Un comité formado por dos profesores universitarios, dos políticos y un cura discutió acerca de cómo deberían ser los verbos, cómo debería estructurarse la pronunciación, qué ortografía debería ser aprendida por los niños, y cosas así. Pero antes de que ellos empezaran a tener éxito, la 2ª Guerra Mundial los interrumpió y vino el gobierno de Quisling, que era además más radical en esto que el gobierno anterior. Desde la guerra el debate ha continuado; así pues, desde 1907, el noruego ha sido reformado al menos siete veces en lo que se refiere a la ortografía. Ningún noruego sabe hoy con precisión qué lengua debería ser usada y cómo deberían ser escritas las palabras. Los estudiantes universitarios tienen que ser capaces de expresarse en las dos lenguas. Pero cada una de esas lenguas, debido a la proliferación de comités gubernamentales, tiene ahora al menos tres o cinco variedades. Así que, existe una variante moderada, una menos moderada, una radical, etc., para cada una de las dos lenguas oficiales de Noruega.

Los comités noruegos han cambiado incluso los nombres de las lenguas. El antiguo Riksmål es ahora llamado oficialmente Bokmål, es decir, ‘la lengua del libro’. Y la otra es llamada Nynorsk, es decir, ‘nuevo noruego’. Si abres el periódico conservador de Oslo, el *Aftenposten*, estás leyendo una lengua; si abres el periódico de tendencia socialdemócrata, el *Dagbladet*, estás ante otra. Se ha convertido en un candente asunto político porque, casi inmediatamente después de la 1ª Guerra Mundial, la nueva lengua —esto es, la nueva ‘antidanesa’, anti-alta sociedad, la naturaleza nacional de la identidad— fue apoyada por el partido laborista, que la hizo ir más allá de lo cultural.

La situación hoy es absolutamente desconcertante. He aquí una nación que estaba por ser planificada deliberadamente, con una determinada identidad que, construida deliberadamente, debía ser emparejada con una determinada lengua. Como la lengua no existía, la inventaron. En el momento en el que quisieron llevar algo de paz a esa rota sociedad, el gobierno no tuvo mejor idea que reunir a un comité para formar una tercera lengua, con el fin de dar a la nación un vehículo unificado. Pero hoy en día nadie emplea en Noruega una “lengua común noruega”, y el conflicto lingüístico continúa encolerizando con intensidad intermitente. Pregunte a un noruego cuántas lenguas conocen, y le dirá: “doce: sueco, danés y diez noruegas”.

### Referencias bibliográficas:

DRUYANOV, Alter (1945): *Anécdotas y agudezas*. Jerusalem, (en hebreo).

EVEN-ZOHAR, Itamar (1999): “El nacimiento de una cultura hebrea en Palestina 1882-1948”. En *Teoría de los Polisistemas*, Montserrat Iglesias Santos (ed.), Madrid: Arco/Libros, pp. 183-205.

HAUGEN, Einar (1966): *Language Conflict and Language Planning: The Case of Modern Norwegian*, Cambridge, Mass: Harvard University Press.